

X **Discurso pronunciado por el Sr. Dn. José Rafael Bustamante, Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, en la Sesión Solemne que se realizó con motivo del Primer Centenario de la fundación de la República ==**



Discurso pronunciado por el Sr. Dn.
José Rafael Bustamante

Señores:

Acatando el mandato del Sr. Rector, tengo la honra de dirigiros la palabra en esta solemnidad. Sin duda, el Sr. Rector quiso que hoy se escuchase la voz del representante de la nueva Facultad, de la Facultad por antonomasia según el decir de un profesor argentino, de la Facultad de Filosofía y Letras, cuya restauración en el Instituto Universitario es novedad prometedora que despierta entusiasmos y esperanzas, como todo lo nuevo cuando entraña gérmenes preciosos para el porvenir y brota al impulso de profundos y legítimos anhelos. Si el Sr. Rector hubiese tenido en mentes otras consideraciones, como, por ejemplo, los títulos y merecimientos de los profesores, no hubiese sido yo quien tuviese la honra de hablaros, ya que, recién llegado a esta augusta casa por razones de buena voluntad y escasez de elementos preparados para el desempeño de cátedras nuevas, no estoy ni puedo estar, como tantos antiguos y meritísimos maestros, empapado en la historia, en la vida y en el espíritu universitarios.

Celebramos en estos días el Centenario del nacimiento de nuestra República. No será aquí donde se lamente la disolución de la Gran Colombia que dió origen al nacer del Ecuador. Observando que las grandes potencias, formadas a golpes de espada, siquiera sea para realizar elevados propósitos, quieren violentar los acontecimientos y la realidad y hacen dimanar de la fuerza lo que debe venir de la espontaneidad libre, se puede pensar que la vida de la Gran Colombia no podía subsistir porque las circunstancias geográ-

ficas, históricas y políticas no se presentaban para favorecerla y era menester la formación de pequeñas naciones que, desarrollándose en campo limitado, fuesen después en remoto porvenir, que aún hoy apenas si es dable vislumbrarlo, a la realización del ensueño de Bolívar. No hay que forzar los acontecimientos ni a pretexto de realizar un ideal porque el ideal, aún suponiendo que requiera un impulso iniciador quizá una fuerza cuando principia a vivir, se desarrolla ante todo merced a aquello que se constituye su naturaleza y su virtud: el pensamiento, la conciencia, la voluntad. Magnífico anhelo era para un guerrero y un estadista fundar grandes naciones, cuya fortaleza asegurará su independencia y su progreso, viendo como el mundo internacional, donde la fuerza y los imperativos biológicos prevalecen, no acierta a regirse por principios y regímenes jurídicos. Bolívar quiso evitar el que este Continente se fragmentase en minúsculos pueblos que, en su debilidad, fuesen tentación y presa fácil para el imperialismo de las grandes potencias. Y, además, comprendía que la prosperidad nace de la unión y de la cooperación, que el proceso evolutivo tiende siempre a unir, a asociar, a crear lo grande ligando y compenetrando lo pequeño. Su visión y su anhelo eran justos desde todo punto de vista. Pero había algo irreductible que se oponía al pronto e inmediato cumplimiento de ese ideal. Era la tierra, la extensión, el espacio, aún no dominados, era la voluntad de los pueblos, disyunta por la distancia, imposibilitada de conjunción para la dirección y el gobierno, para la acción pronta y eficaz que demandan la vida y su desenvolvimiento progresivo. Cuando el espacio separa, cuando la materialidad, no domada, impide la comunicación de los espíritus y la compenetración de las vidas, es inútil pretender la unión política a fuerza tan sólo del mando y de las armas. El imperio político tiende, entonces, a realizar ideas desatendiendo obstáculos naturales que la realidad opone, obstando el procedimiento digno de la idea, que no puede consistir en la unión exterior conseguida a la fuerza.

¿Qué dirección ni gobierno caben cuando las distancias y la consiguiente incomunicación son valla infranqueable para que las necesidades y la voluntad de los pueblos se hagan sentir clara y vivamente en la conciencia central y sean satisfechas por la acción rápida y la administración expedita?

La Gran Colombia fue un ideal, irrealizable entonces, pero que, como todo ideal, tiene validez y virtud imperecederas, prontas siempre a encarnarse gradualmente en la realidad, ganándola, vencéndola, penetrándola en el transcurso de los tiempos y la indefinida evolución de la vida de las naciones.

El ideal de Bolívar no ha muerto, está latente, desafiará a las edades, porque es la visión del genio que intuye la verdad futura, aquella que está destinada a ser a través de todos los obstáculos. El ideal de Bolívar, que abarcó no sólo a la Gran Colombia sino a todo el continente americano, es grande, y por grande ha menester contar con la grandeza, con la infinitud del tiempo, del tiempo creador según la concepción *bergsoniana*, para conseguir la plenitud de su cumplimiento.

Nuestro nacimiento como República del Ecuador fue, pues, algo necesario e ineluctable, algo que venía determinado por circunstancias invencibles, algo que constituía un punto de partida sólido, real, firme para ulteriores desenvolvimientos y aspiraciones. Si la unión de estos pueblos es conveniente, si es necesaria, es mejor que vayamos a ella con clara conciencia, con entera libertad, no a los golpes vehementes de la espada del guerrero y de la energía imperativa del estadista, sino a pasos lentos, mediante la conciencia espontánea de los pueblos, mediante el esfuerzo civilizador que acorta distancias y facilita la comunicación, mediante el acercamiento material y espiritual que es obra de desarrollo y de cultura.

El ideal de Bolívar está latente, pero está lejano. Debemos tender a él procurando la unión y la armonía de los pueblos americanos, resolviendo para ello las diferencias que los separan, difundiendo y avivando la conciencia de la América una, cuya alma brotará un día para convertir esta variedad de patrias pequeñas en una soberbia Patria Continental. Y, como observa Rodó, cuanto más lejano está ese ideal, ya que fluye necesariamente de todos los elementos de la realidad, de todos los vínculos y nexos de estos pueblos, revelando está, por su misma lejanía, la grandeza, la amplitud, el avance de la visión genial. Sin forzar la realidad, sin violentar los acontecimientos, en movimiento evolutivo lento pero firme, despacioso pero ordenado y armónico, coadyuemos a la realización del ensueño de Bolívar, viendo como

él la comunidad de destino de los países americanos y su afinidad y semejanza de espíritu.

Es verdad que los peligros presentidos por Bolívar, son reales, y palpándolos estamos, ya en lo que se relaciona con todos los países ibero-americanos, ya en lo que a nosotros nos atañe, pues son innegables las tendencias, al tutelaje, y el imperialismo que las grandes potencias, no pueden disimular y el desenfado, o por lo menos, la falta de escrúpulos con que se desconoce en el débil el mismo derecho que pregonan los fuertes. Tales peligros existen y existirán y, en otra forma, bajo otro aspecto habrían existido para nuestra nación que, dentro de la Gran Colombia, padecido hubiera la desatención y el atropello de sus derechos de parte de gobiernos centrales, imposibilitados de escuchar y tomar en cuenta la voz y el querer de apartadas regiones. Tales peligros existen porque aún no clarea el día en que al concepto del derecho se le reconozca un sentido positivo, una fuerza vital superior que subordine y señoree todas las otras. Cosa que en el campo internacional costará mayor trabajo por el sentimiento egoísta y fervoroso de las patrias y la hiperbólica concepción de la soberanía.

No lamentemos lo pasado. Es inútil deplorar lo que fue. Provechoso es aleccionarnos con la experiencia para encaminarnos al porvenir, enderezando nuestros pasos y nuestra acción; pero si a algo cabe aplicar el principio del determinismo sociológico es a lo que ya sucedió. ¿Pudo lo que fue ser de otro modo? ¿Lo que fue no es efecto riguroso de los antecedentes y circunstancias? Pero cuando queremos aplicar el determinismo al momento presente, a este momento en que vivimos, en que nos sentimos dueños de una fuerza que podemos emplear de un modo u otro, el principio que supone que todo se rige por una ley necesaria se estrella contra un instinto profundo, contra un instinto vital que nos dice que el porvenir será esto o aquello según sea al presente, este presente que dominamos en cierta medida y podemos dirigir y guiar. Nos sentimos forjadores de lo que será, responsables del mañana, cooperadores activos de la obra futura que se extenderá y desarrollará en el tiempo. No podemos pues, permanecer indiferentes, inactivos, indecisos con el pretexto de que pesa sobre el destino humano un fatalismo incontrastable, una ley necesaria, un determinismo riguroso que la ciencia y el intelecto se ven obli-

gados a aceptar. No podemos alzarnos de hombros con el pensamiento de lo que debe ser, será, porque en el instante de obrar, en el instante de disponer de nuestra fuerza interior, tenemos clara intuición de que lo que será, será de un modo u otro según sea de un modo u otro nuestro querer y nuestra acción. Pueden ser éstos determinados rigurosamente, pero no cabe el *nirvana*, no cabe el renunciamiento, la indiferencia, la resignación ante los hechos y las realidades. Si el determinismo es la ley, dentro de ese determinismo somos factores apreciables, principios creadores, fuerzas causales y, en la acción, debemos apurar todo el vigor y toda la esencia de nuestro pensamiento, de nuestra idea, de nuestra voluntad.

Volvamos pues, la mirada al mañana. Regocijémonos el haber nacido a la vida como pudimos y como somos, de ser algo, de ser dueños de una fuerza que, por pequeña que sea, bien manejada y dirigida labrará la felicidad de nuestro porvenir y contribuirá de algún modo al bienestar de las demás naciones y de la humanidad. Nacimos a la vida, somos; de nosotros depende que esa pequeña vida, que este pequeño ser se vuelva germen de grandezas futuras. ¿Que estamos rodeados de peligros, que nos envuelve un medio hostil? ¿Y qué vida no los tiene, y qué nación, por fuerte que sea, no está a punto, si el destino se le torna adverso, de perecer y derrumbarse? ¿No estamos viendo cómo los acontecimientos históricos traen sorpresas, hechos imprevistos, cosas inauditas? ¿No es preciso convencerse de que no todo es previsible, de que en el fondo de la realidad y la vida existe un principio creador o destructor que llena, que hinche al efecto de un elemento nuevo que nunca pudo verse ni preverse en la causa pese a todos los determinismos? Tengamos fe, ahuyentemos al pesimismo, la desconfianza en nuestras propias fuerzas y puede que el milagro se haga. Y no olvidemos el ensueño de Bolívar, aquel ensueño que no pudo llevar a efecto la espada del guerrero ni el mando imperativo del Gobernante, pero que no muere, no puede morir porque es indestructible como el espíritu de donde brota, como el principio divino, que los genios reflejan, y que empuja a los pueblos y a los mundos a la unión de síntesis superiores. Y cooperemos a la armonía ibero-americana con propósito sincero de concordia, con espíritu de colaboración amistosa y cordial, de profunda solidaridad, que así

iremos lenta, pero seguramente al fin que Bolívar entrevió y se propuso.

* * *

Vengamos ahora a echar una rápida ojeada a esta nuestra Institución Universitaria, a la que tanto amamos, a la que se ama con devoción desde el primer momento, no bien se pisa sus umbrales y se respira su ambiente de ciencia, de pensamiento, de ideas que tanto aplice, eleva y fortifica el espíritu.

Como todas nuestras Instituciones, la Universidad ha tenido vida accidentada e irregular; como todas nuestras instituciones, enlazada ha estado élla a las vicisitudes, corrientes y tempestades de nuestra política. Gobernantes hubo que la beneficiaron y estimularon; los hubo también que la oprimieron y desnaturalizaron. Y unos y otros quisieron influir demasiado en élla, imprimir en el rumbo, en la enseñanza, en el espíritu universitario determinada dirección, doctrinas y credos prefijados, principios dogmáticos; intereses de partido.

Se cuentan principalmente, entre los que la levantaron y apoyaron, a Rocafuerte y García Moreno. El primero impulsó con entusiasmo y decisión la instrucción pública, y ese impulso hubo de alcanzar, como era natural, al Instituto Universitario. El segundo, con el establecimiento de la Politécnica quiso darle nuevos rumbos, inyectarle savias nuevas y fecundas, abolir la rutina, orientar la enseñanza en el sentido de la ciencias práctica y tecnológicas cuyas aplicaciones ha menester ante todo un país que principia a formarse y que carece de lo más necesario. Pero García Moreno privó a la Universidad de aquella condición primordial de toda institución científica y docente: el ambiente de libre investigación que garantiza al profesor la libertad de la cátedra y pone al discípulo a cubierto de la imposición dogmática. El dogmatismo religioso, férreo y cerrado, ató a la Universidad y embarazó su desenvolvimiento.

Y siempre, la influencia política torció el genio y la índole de esta institución, tanto cuanto élla tuvo que sufrir las influencias de los Gobiernos y de los partidos como cuando el ímpetu de la rebelión, desatándose en el país, franqueó

las puertas de la casa del estudio y el saber y perturbó las pacíficas y serenas esferas del pensamiento. Cada trastorno político trajo consigo un trastorno universitario, un cambio radical en los métodos, las tendencias, el personal de la Universidad. Veces hubo en que la casa universitaria fue clausurada y mientras el batallar de las pasiones políticas devastaba al país, el santuario de las ciencias y el pensamiento permanecía mudo y silencioso.

Pero al través de tantas vicisitudes y cambios, la Universidad Central, como las demás Universidades ecuatorianas, ha mantenido su lustre, su prestigio, su devoción al estudio y la enseñanza. Dirigida por varones austeros, por los Artetas, los Lasos, los Egas, los Casares, los Ponces, los Tobares, los Cárdenas, los Borjas, los Peñaherreras, y tantos otros, en medio de las agitaciones de nuestra vida política, de la insuficiencia de nuestro medio económico, élla ha sabido salvar, en el naufragio de tantas cosas, el último refugio del idealismo, la consagración a la labor del pensamiento, la conciencia del valor del trabajo científico. Cuando en la realidad ambiente las normas ideales caían rotas y se abandonaba la vida nacional a los azares de las pasiones y los caprichos, todavía quedaba la Universidad donde la voz del profesor contradecía, exponiendo el pensar de los sabios y sus propias ideas, siquiera sea de manera abstracta y general, las sinrazones de los hechos, el desordenado y tumultuoso curso de los acontecimientos. Desalentado, pesimista, acaso sin calor ni convicción, el pensamiento hablaba aún.....

Pero ha sido menester llegar a la época actual, sentir las corrientes que nos vienen de todas partes para que las aspiraciones de la Universidad cobren vuelo, se amplíen y definan. Hoy en el día la Universidad no se resigna a ser lo que fue en épocas pasadas. Es ya autónoma, ha conquistado su libertad administrativa y aspira a crear en su seno un ambiente de completa libertad de espíritu, de completa libertad de pensamiento como base esencial de toda investigación científica, como condición fundamental sin la que no cabe el desarrollo de la ciencia, ni la fecundidad de la enseñanza, ni el cambio de la verdad. Y, al mismo tiempo, nace en la Universidad el afán de ir más allá, el afán de extensión universitaria, el afán de vincularse con la nación

y el pueblo. Afán que puede tener sus peligros, pero que es legítimo si se mantiene dentro de ciertos límites.

La autonomía universitaria y su libertad espiritual dimanar de la natural tendencia de toda entidad viva a defender su independencia y su gobierno propio. Toda vida es un centro de acción, un impulso que viene de adentro. Toda vida rechaza la dirección ajena y siente la necesidad de una esfera libre donde su actividad puede desenvolverse sin estorbos. Y en lo moral, aquella tendencia se acentúa porque cuando más se eleva la vida, cuando más consciente se vuelve, más capaz se hace de dirigirse y gobernarse a sí misma. Las corporaciones y los individuos, si tienen vida propia, si tienen cabal conciencia de sus fines y destinos, sentirán como una necesidad vital el derecho a la libertad, a la autonomía, a la autarquía.

La autonomía administrativa asegura la acertada constitución orgánica de la Universidad y su vida material y económica. La libertad espiritual va más adentro, llega a las células mismas, al alma misma del cuerpo universitario. La libertad de la cátedra, la libertad docente es una de sus consecuencias. La libertad de pensamiento del alumno es otra. Es decir, que el profesor estará libre de influencia ajena, de influencia extraña y seguirá tan sólo su propia inspiración, los dictados espontáneos y profundos del propio pensamiento, ilustrado por los libros, por la ciencia consignada en las obras de los sabios; pero, al verter su propio pensamiento, al dejar fluir el raudal de su espíritu, cuidará de evitar la impresión dogmática, respetará el espíritu del alumno, y le dará campo y le ayudará, socráticamente, para que se espontanee su fondo subjetivo, original y propio. No es labor dogmática, ni de proselitismo y apostolado la de la enseñanza. No que excluya el calor de la convicción que, a veces, puede brotar incontenible; pero el profesor ha de tener la necesaria delicadeza para no traspazar el linde preciso donde el fervor de las propias ideas puede convertirse en pasión de sectario. Autonomía orgánica y administrativa y libertad de pensamiento para profesores y alumnos deben ser las características de la Universidad moderna.

Y la Universidad, hemos dicho, anhela abrir sus puertas de claustro y salir a propagar sus enseñanzas y dejar entrar, para la debida consideración y estudio, la realidad viviente de los problemas nacionales. Afán noble, legítimo,

pero que implica ciertos peligros que se deben sortear con arto tino y cuidado. ¿Cómo mantener un abismo entre el pensamiento que reflexiona, que enseña, que orienta y la angustia de la vida cotidiana, que ha menester normas ideales, normas morales, normas científicas para regularse y prosperar? ¿Y cómo, por otra parte, llevar al campo sereno y tranquilo de la investigación científica la palpitación perturbadora e inquietante de la vida activa, de la vida apasionada que bulle afuera? ¿Cómo conciliar, entonces, la serenidad, la libertad, la imparcialidad, el desinterés del pensamiento científico con las exigencias de la realidad viviente que, abandonada, atormentada, anárquica, clama por la dirección ideal, por el consejo técnico, por el dictamen de la sabiduría que sólo en un ambiente de calma y meditación puede pronunciar sus palabras? Cuestión compleja y difícil, cuya resolución necesita de hondas reflexiones.

Imposible traer al austero y tranquilo claustro universitario el tumulto de la vida pública, las asperezas y urgencias de la vida práctica, los intereses de la vida económica, las pasiones políticas y sectarias, el fanatismo religioso. Pero imposible también cerrar las puertas y los oídos de esta institución al grito vehemente, a la voz viva con que las aspiraciones nacionales, la actualidad palpitante, las necesidades humanas imploran los dictados de la más alta Institución científica. Se ha dicho que «las Universidades deben ser laboratorios de humanidad, focos de pensamiento renovador y de fuerzas espirituales, corazón y cerebro de las nuevas generaciones» y es preciso ver claro en la manera cómo pueden las universidades llegar a ser todo eso.

Es admisible y conveniente, desde luego, que el profesor aplique los principios científicos de su especialidad a la consideración y estudio de los problemas nacionales a fin de contribuir, técnicamente, a su esclarecimiento y resolución. Tarea árdua como es toda aplicación de lo abstracto a lo concreto, de lo teórico a lo práctico, de lo general a lo particular, de lo simple a lo complejo porque envuelve la comprensión exacta de la relación del pensamiento con la realidad y la vida.

Es aceptable, así mismo, que los elementos universitarios emprenden la labor de difundir, en el pueblo, conocimientos generales para despertar e ilustrar el criterio y la conciencia de las masas. Es indispensable también que en el claustro

universitario encuentre el alumno ejemplos, consejos, amonestaciones que contribuyen a formar su sentimiento moral, el concepto del deber, la dignidad del derecho, la capacidad de gobierno propio, la disciplina interna, aquella disciplina que, arraigada y robustecida, hace desaparecer la necesidad de la disciplina externa. Todo esto es posible, y corresponde a la intuición, al tino, a la prudencia de los elementos directores procurar que en el desarrollo de dichas tendencias se eviten los peligros y no se traspase el límite preciso más allá del cual la naturaleza misma de la institución universitaria quedaría desvirtuada y acaso pervertida.

* * *

Dispensad ahora que el representante de la Facultad de Filosofía y Letras se permita hablaros de ella, para desvanecer ciertos prejuicios y celebrar el acierto con que el actual gobierno ha completado la organización universitaria que demandaba imperiosamente la restauración de estudios que acabalan y coronan el campo científico y dan esplendor y nobleza a la cultura de un país.

El hacha de la política la mató un día y ha sido preciso que rebosara el anhelo de cultivar la alta especulación y los sentimientos artísticos y estéticos, que pasara esa epidemia de odio a la cultura de que habla Vaz Ferreira, para que vuelva a reconocerse el valor, la importancia de disciplinas intelectuales que espíritus frívolos consideran estériles y superfluas.

El estudio de Filosofía y Letras Humanas tiene por objeto desarrollar la cultura general y contribuir a mantener en un pueblo, en la conciencia de un pueblo, elevados ideales que sean el principio director de sus actos y conducta, el alma de su civilización, la fuerza y nervios mismos de su vida, el norte de sus más grandes aspiraciones.

¿Quién puede desconocer la influencia inmensa que la Filosofía y el Arte ejercen en las costumbres, en las Leyes, en la constitución íntima de los hombres y las sociedades? Dejadme reproducir, para ver esto claro, una profunda página de Fouillée. «Las últimas razones de los hechos históricos, dice el autor de la moral de las ideas-fuerzas, se

encuentran en las ideas dominantes en las diversas épocas y estas ideas directrices del movimiento social no son otras que las grandes concepciones morales, religiosas y científicas. ¿Cómo ha comprendido tal época el deber, el derecho, la moralidad en el individuo y en la sociedad? ¿Cómo ha concebido en primer principio del hombre y el Universo? De estas cuestiones esenciales dependen todas las demás. Fuera de las fundamentos de la moral, del derecho y de la política, la filosofía contiene, bajo la forma de conocimiento razonado, lo que las religiones encierran en el estado de creencia instintiva. La religión es una metafísica espontánea; la metafísica es una religión reflexiva. Los más grandes metafísicos, como Platón, Aristóteles, Plotino, Descartes, Leibnitz y Kant, resumen en su pensamiento y expresan en sus libros el progreso realizado en la conciencia religiosa al mismo tiempo que presagian lo que ella debe realizar aún. En fin, el movimiento de las ideas científicas no se comprende sino por los genios filosóficos que han renovado los métodos o construido el universo sobre un nuevo plan. Es Aristóteles quien ha iniciado la Edad Media y el renacimiento de los estudios de la naturaleza; es Descartes el que ha hecho penetrar en todas las ciencias el método matemático y considerado la ciencia del Universo como un problema de mecánica; es Leibnitz quien ha introducido en la ciencia de las magnitudes el cálculo de lo infinito y ha dado al método matemático, por la intervención de este elemento metafísico, un poder hasta entonces desconocido».

«La marcha de la especulación, dice el positivista Augusto Comte, es el principal motor del movimiento social». «El progreso de la especulación, dice también Stuart Mill, ha regido el progreso de la Sociedad». Y añade Fouillée: «Decídmeme el estado de la especulación científica en una época, y os diré el límite que las artes industriales han podido alcanzar sin poder franquearlo. Decídmeme el estado de la especulación moral y religiosa en una época, y os diré cuáles han sido las leyes o las costumbres y aún la política de ese tiempo. El nivel de las ciencias, a su vez, como la moral, la política y la religión, está determinado por las altas especulaciones metafísicas: El movimiento superior del pensamiento avanza y lleva consigo los movimientos inferiores. La especulación descubre y conquista países nuevos, que las ciencias prácticas explotan y fecundan. La más alta especulación,

que parecía al principio tan alejada de la práctica y de la historia, contiene el secreto de ella. La historia, de la filosofía religiosa, moral y política es la historia de la conciencia humana, y el historiador que no describiese sino las acciones y hechos de la humanidad, sin estudiar las ideas, se detendría en los efectos exteriores sin remontarse a las causas íntimas: no vería sino los movimientos sin conocer el pensamiento que los dirige. En el fondo, el movimiento de la realidad tiene su verdadera razón en el ideal que es su objeto y la historia de las razones y los hechos no puede comprenderse sino por la historia de las ideas».

Existen, sin embargo, ciertos sociólogos, especialmente latino—americanos, que no dan importancia, en el determinismo histórico, a las ideas filosóficas. Viendo tan solo el determinismo por el lado material y exterior de las influencias físicas, geográficas, económicas, y por el lado psicológico del instinto, el hábito y la pasión; atribuyendo a tales factores un peso fatal e incontrastable, se declaran enemigos de todo idealismo, de cuanto vaya contra la realidad mediante el desenvolvimiento de las ideas. Y, junto a ellos, los hombres prácticos, teniendo ante sus ojos países en formación, donde la naturaleza aún no está dominada, explotada, aprovechada por la industria y el arte humanos, apuntan y señalan la necesidad vital, la necesidad imperiosa de las ciencias prácticas y la tecnología y rechasan y condenan, como lujo inútil, el fomento de las ciencias especulativas, las letras humanas y las bellas artes.

Se trata tan sólo de la ceguera de sociólogos resignados acomodados y dichosos, a veces, en un medio ambiente que les favorece. Se trata de la visión limitada de hombres prácticos que no ven sino la materialidad de la acción exterior. No hay nada más poderoso en el movimiento social que el pensamiento humano. No hay acción alguna en la vida del hombre que para ser fecunda no requiera la luz y el impulso de altas ideas. El hombre es un ser pensante, y por ínfimo que sea su grado de cultura y atrasado y pobre el medio donde vive y actúa, su pensamiento será siempre la fuerza principal, la causa y el origen de sus actos. Rastrero el pensamiento, rastrera la acción; elevadas las ideas, nobles, fecundas, múltiples las acciones. Y por medio del pensamiento, el hombre reacciona sobre la realidad, la modela, la reforma, la levanta, la mejora. La realidad, ninguna realidad, y menos la

realidad social no es cosa hecha, definitiva, acabada. Todo está en perfecto *devenir*, en perpetua evolución, y el hombre cree que la evolución debe ser un progreso y que en el progreso, en el perfeccionamiento, el pensamiento y el ideal representan algo. El pensamiento descubre, el pensamiento crea. El pensamiento, refleja la realidad de las cosas, el pensamiento quizá en cierto sentido, hace, crea la verdad de las cosas. Hay la verdad real y la verdad ideal. La que está hecha la que está haciéndose, la que será hecha. Y los sociólogos positivistas no han podido ni podrán probar que la verdad que se hace, la que será hecha se hace y se hará sin el pensamiento, fuera del pensamiento, por obra y gracia de una realidad incógnita cuya esencia se nos escapa. Y los positivistas, ante el hecho terminante de la conciencia, ante este hecho que todo, por medio del cual sabemos de nuestra existencia y de las existencias de todas las cosas, se contentan con declararla *epifenómeno*, es decir, algo añadido, inútil, inexplicable y superfluo. Qué sea la realidad sin el pensamiento, fuera del pensamiento, es cosa que los positivistas no podrán decirlo nunca.

Un sociólogo y un hombre práctico no pueden desentenderse de la influencia que las religiones ejercen en la vida y espíritu de los pueblos. «Las religiones, lo dice Fouillée, son una metafísica espontánea, como la metafísica es una religión que reflexiona». Ellas responden a esta necesidad de explicación del mundo, de la vida, del destino del hombre que está urgiendo siempre en el fondo de las almas. Si se combaten las religiones, es menester combatirlas como Fouillée; como Guyau, tratando de reemplazarlas con el cultivo de la metafísica y el arte. Extinguido el espiritualismo religioso y desterrada la filosofía, los pueblos caen en aquel abominable ateísmo de que nos habla Vasconcelos, de ese ateísmo que es la negación de todo ideal: del ideal del deber, del ideal del derecho, del ideal de la libertad, del ideal de la verdad, del ideal de la justicia, del ideal del amor y solidaridad humanos. Y tendremos hombres utilitaristas y egoístas que, no dándose cuenta de que el interés individual está enlazado estrechamente con el interés colectivo, irán cada uno de su lado, dispersos, impotentes, débiles, polvo vano que entonces sí, el viento de la fatalidad desvanece y aniquila. Y tendremos pueblos decaídos, sin espíritu cívico,

sin grandes impulsos, sin cohesión interna, sin conciencia patriótica, sin vitalidad profunda.

Se cree equivocadamente que el mal de los pueblos latino-americanos es el idealismo y que la virtud de los americanos del Norte es un profundo sentido práctico, un sentido positivo de la realidad. Y cuando el hombre de ideas llama la atención en la América Latina sobre la necesidad de difundirlas, respetarlas y realizarlas, los hombres prácticos dicen: no filósofos, no idealistas, estamos hartos de ellos; necesitamos agrónomos, agricultores, industriales, ingenieros, técnicos. Y cabe entonces preguntar: ¿Dónde están en la América Latina los filósofos? ¿Dónde los hombres que piensan y forjan sistemas de ideas?

La filosofía aún no florece en la América Latina porque es obra de reflexión, de madurez y estos pueblos aún no salen del ímpetu loco y desordenado de su primera juventud. Y del idealismo que flota en el ambiente americano ¿qué podemos decir? Idealismo frágil, inconsistente, que el primer soplo de la realidad, como a pompas de jabón deshace y extingue.

En cambio, a los que se horrorizan de los filósofos y quieren ver por todas partes a los hombres de acción, debemos invitarles a reflexionar y meditar acerca de la clave y el secreto de la prosperidad económica de la América del Norte donde un grupo de puritanos y cuáqueros pusieron el germen, con el ideal del trabajo y la libertad, con una ética y metafísica del dinero y el capitalismo, con la filosofía de la voluntad, el deber, la acción y el esfuerzo, de esa grandeza que admiran y envidian nuestros hombres prácticos.

Recordaré cómo Franklin, en los remotos tiempos del puritanismo, aconsejaba a sus compatriotas diciéndoles que el dinero, empleado inteligentemente, es fecundo y reproductor. «Acuérdate de que el penique, decía, se convierte en un chelín, el chelín en un chelín y tres peniques, el chelín y tres peniques en dos chelines, los dos chelines en una columna de libras esterlinas. Acuérdate de que el que mata a una cerda aniquila toda su descendencia hasta la milésima generación. El que malgasta una pieza de cinco chelines asesina todo lo que de ella puede derivarse hasta columnas enteras de libras esterlinas». Y Maeztu, con su penetrante ingenio, comenta así este pasaje de Franklin: «Lo curioso, porque veo que surgen las sonrisas al oír estas pa-

labras, es que no se dice ésto en sentido utilitario. Esto lo dice Franklin en un sentido estrictamente moral. Franklin parte del supuesto de que es un deber de todos los hombres el aumentar su caudal y que dejan de cumplir este deber los que no lo fomentan y multiplican. Parte también de otro supuesto, y es de que el dinero es algo que viene del infinito y va al infinito, por su poder infinito de reproducción, y siempre y cuando se aplique en la debida dirección; es decir, hay un concepto metafísico del dinero, que se puede y debe inferir de lo que está diciendo, aunque Franklin no lo haya pensado. Nosotros no vemos el dinero, sino como una imposible satisfacción de necesidades o como un manantial de placeres. Naturalmente que en este último caso el dinero es algo condenable, reprobable, por lo menos. Pero la idea de Franklin es muy distinta. Él mira el dinero desde el punto de vista de la posibilidad que tiene de aplicarse al trabajo, a la producción; y de reproducirse y multiplicarse».

Y en estos días, un Profesor de Economía en la Universidad de Harward, atribuye la enorme riqueza de su país a un ideal ético-religioso, con estas palabras: «La sorprendente prosperidad material que nos llega por la persecución del noble ideal de la igualdad bajo la libertad, y nuestro fracaso en desarrollar las artes del ocio engañan a muchos observadores superficiales, haciéndoles creer que nuestros mismos ideales son materialistas. Pero esta prosperidad nos viene precisamente porque nuestros ideales no son materiales. Nos viene porque perseguimos el exaltado ideal de la igualdad bajo la libertad, como necesariamente ha de venir a toda nación que persigue este ideal de todo corazón y con entusiasmo. Ninguna nación puede dejar de prosperar, hasta el límite fijado por sus recursos naturales, si genuinamente busca la igualdad bajo la libertad. Todas estas cosas nos son añadidas precisamente porque buscamos el reino de Dios y su justicia, como siempre son añadidas y por lógica necesidad han de ser añadidas siempre a cualquiera nación que busque de todo corazón aquellos ideales de justicia que son la ciencia misma del reino de Dios».

Y Hughes, el estadista, Hughes, dijo en la Conferencia de la Habana: «No podréis conocer a los Estados Unidos en forma adecuada valiéndoos de sus estadísticas sobre población y comercio o por su riqueza, Hay un poder por

encima de todo esto, que imprime el rumbo definitivo a nuestra opinión pública; y establece los tipos de nuestros estadistas, de acuerdo con los cuales tomamos las medidas de carácter ejecutivo y legislativo. Si queréis descubrir lo que veneramos en nuestros más íntimos pensamientos, no os contentéis con ir a nuestros emporios; visitad nuestros templos. Nos encontraréis vehementes en los negocios, celosos en aventajar en el intercambio comercial; pero nos conocerá bien aquél que por encima de estos anhelos nuestros reconozca en nosotros el dominio de los ideales de independencia y libertad. Es este idealismo el que desde el principio, en el transcurso de la lucha de cien años, inspiró nuestra política en este hemisferio. Es este idealismo el que siempre ha sido el guardián de nuestra libertad en nuestra Patria. Nos agrada ser considerados como sagaces; pero no levantamos monumentos a la mera sagacidad. Reservamos nuestra más grande veneración para los más grandes ejemplos de libertad e independencia: Washington, Jefferson y Lincoln. Ellos son aún y espero que lo sean siempre los verdaderos representantes del espíritu americano».

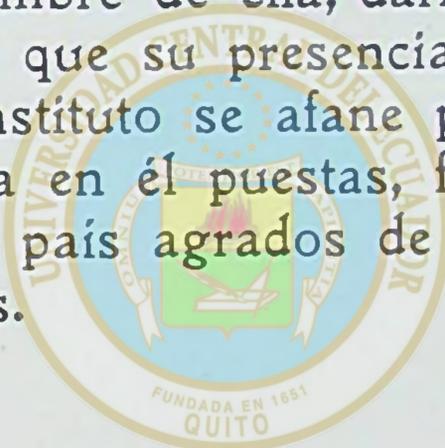
Y una filosofía nueva, una metafísica profunda surge hoy en el pueblo norteamericano, para sintetizar y robustecer todos sus ideales y tendencias. Y es una filosofía que dice que toda vitalidad es inteligencia, que toda vitalidad es poder del pensamiento, que el supremo principio de la vida es la potencia mental. Y de ahí una fe, una confianza en el pensamiento propio, en la fuerza de realización que va envuelta en cada imagen, en cada idea, en cada volición del hombre. ¿Y la historia del pueblo del Norte no es, de principio a fin, la palpitación de esta filosofía? Intuición, instinto, primero; reflexión, después, quizá ahí está la clave de tanta grandeza y poderío.

¿No más filósofos? ¿Dónde están ellos entre nosotros? Los busco con afán y no encuentro sino hombres agobiados por la lucha por la vida, cuyas ideas son cristal frágil que la dura realidad desbarata y deshace. ¿Quién tiene tiempo ni ánimo entre nosotros para pensar y filosofar? Somos agricultores, comerciantes, industriales, ingenieros, porque la fuerza de la necesidad de las cosas nos obliga a serlo, y lo somos con muy poca ciencia, con muy pocas ideas, dominados por la naturaleza, sin acertar a imprimir en ella el sello humano. Carecemos quizá de técnica, de ideas filosóficas

que nos dé la una el conocimiento de las cosas, el arte de manejarlas y aprovecharlas, y las otras el vigor moral que sostiene e impulsa. No es por exceso de idealismo que andamos desmedrados y pobres. Es por la carencia de él, porque nuestro vivir práctico está huérfano de altas ideas directrices.

La Universidad actual está llena de nuevas orientaciones y grandes estímulos. Tiene vida, y el incendio que amenguó sus tesoros y destruyó parte de sus bienes, despertó en ella el ansia de engrandecerse, de ampliar el vuelo, de responder cumplidamente a su misión y a su fin, Debemos confiar en que se inicia para ella una época de intenso y rápido progreso.

Solemnizada esta sesión por la asistencia del Sr. Presidente de la República, de los Sres. Ministros Diplomáticos, lo que manifiesta el interés y aprecio que esta Universidad les inspira, cúpleme, a nombre de ella, darles las más expresivas gracias asegurándoles que su presencia aquí es un estímulo más para que este Instituto se afane por corresponder a la confianza y esperanza en él puestas, formando generaciones nuevas que lleven al país a grados de cultura y prosperidad realmente halagadoras.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL